

VERDADERAMENTE LIBRE Juan 8: 31-38

La palabra libertad es un término muy hermoso pero frecuentemente malinterpretado. Esa malinterpretación es precisamente la que hace que se aplique bastante mal. Libertad significa que se es libre, que no se está sujeto o a algo o alguien, o bajo el dominio de algo o de alguien; que se tiene la capacidad de elegir o de hacer. La libertad es lo contrario de estar esclavo, preso o atado.

El término, aplicado incorrectamente supone el no estar bajo reglas y el derecho de decir y hacer lo que se quiera. Pero toda *libertad* que se ejerce sin dirección o sin reglas, se convierte en un libertinaje extremo. Toda *libertad* que se da sin un orden, inevitablemente generará un caos incontrolable. Es verdad que la libertad supone la capacidad de decir o hacer, pero siempre dentro de una serie de reglas establecidas o de un marco establecido para mantener el orden, la unidad y la armonía. El Apóstol Pedro lo dice de esta manera: *“Pórtense como personas libres, aunque sin usar su libertad como un pretexto para hacer lo malo. Pórtense más bien como siervos de Dios. Den a todos el debido respeto. Amen a los hermanos, reverencien a Dios, respeten al emperador” (1P. 2:16-17)*. Este es el verdadero ejercicio de la libertad. Un versículo antes dice Pedro que esto hará callar las bocas de los ignorantes que hablan puras tonterías juzgando a los demás. Esto lo hacen porque no entienden el sentido y el valor de la libertad.

Esta misma enseñanza Pablo la expresa de esta manera: *“Ustedes, hermanos, han sido llamados a la libertad. Pero no usen esta libertad para dar rienda suelta a sus instintos. Más bien sírvanse los unos a los otros por amor. Porque toda la ley se resume en este solo mandato: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» Tengan cuidado, porque si ustedes se muerden y se comen unos a otros, llegarán a destruirse entre ustedes mismos” (Gál. 5:13-15)*. La libertad, que, como vamos a ver, es producto de conocer y permanecer en la verdad, se usa para servir y no para criticar, juzgar o destruir.

El buen ejercicio de la libertad debe reflejar una vida transformada que se nota en buenos patrones de comportamiento y en una buena escala de valores y virtudes. La libertad debe inspirar confianza y esperanza. Toda persona debe estar consciente de que la libertad puede

perderse cuando se violan esa serie de reglamentos establecidos para mantener el orden, la unidad y la armonía. La libertad se pierde en el momento mismo en que se pierde el propósito de esta.

Los dos extremos que rompen con ese orden, unidad y armonía, es decir, con la libertad, son el libertinaje y el legalismo. Como vamos a ver, el Señor Jesús habló de la verdadera libertad, eso quiere decir que existe una falsa libertad. Como podemos ver, el significado de la palabra libertad podría generar discusión, desacuerdo y hasta división según cada persona lo interprete o lo entienda y aplique. Así que tiene que haber alguien que nos enseñe no solo lo que significa libertad, sino que nos enseñe a vivirla. El Único que puede hacerlo es el Autor de la libertad: Dios, como lo vamos a ver en el relato Bíblico de hoy.

Como dije anteriormente, el principio de la libertad conlleva una serie de requisitos para que ésta se dé. En cuanto a la libertad cristiana, dice la Escritura:

“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en Él: Si vosotros permaneciereis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (v.31).

Estos discípulos de los que habla el Apóstol Juan habían estado de acuerdo con las enseñanzas del Señor Jesús al principio, pero su perseverancia en seguir sus enseñanzas es lo que revelará quiénes verdaderamente son sus discípulos. No basta decir que se es creyente en Cristo porque se asiste a una iglesia; el verdadero creyente escucha y sigue las enseñanzas de su Salvador. Permanecer en su Palabra significa vivir o habitar, quedarse en su Palabra. El verdadero creyente vive conforme a la Palabra de Dios, la estudia, la hace suya y no se suelta de ella bajo ninguna circunstancia.

“y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (v.32).

El verbo *conocer* significa *aprender* o *entender*. Pero también tiene el sentido de una relación íntima, como cuando conoció Adán a su mujer Eva y tuvieron a Caín (Gn. 4:1); o como cuando conoció Caín a su mujer y tuvieron a Enoc (Gn. 4:17); o como cuando conoció de nuevo Adán a su mujer y tuvieron a Set (Gn. 4:25); o como José quien conoció a María hasta que nació Jesús (Mt. 6:54). En el lenguaje Bíblico conocer va más allá de solo saber, tiene que ver con tener una relación que dé fruto. Solamente entendiendo y teniendo una relación profunda con la verdad, se podrá obtener la verdadera libertad. ¿De qué verdad habla el Señor?

Poncio Pilato en alguna ocasión preguntó estando con el Señor Jesús en aquel juicio injusto y hasta ilegal que le hicieron: “¿Qué es la verdad?” Esto lo preguntó porque el Señor había dicho que los que son de la verdad oyen su voz (Jn. 18:37-38). Pilato no entendía, pero es que el Señor ya antes había declarado que Él era el camino, la verdad y la vida (Jn. 14:16), que el Espíritu Santo era el Espíritu de verdad (Jn. 15:26; 16:13); que la Palabra de Dios es verdad (Jn. 17:17), y que esa verdad es la que santifica al hombre (Jn. 17:19). En otras palabras, lo que el Señor Jesús está diciendo es que solamente teniendo una profunda, íntima y permanente relación con Él y su Palabra podremos conocer la verdad y que solamente esa verdad, la verdad de Dios y su Palabra, nos podrá hacer verdaderamente libres para siempre. Ignorar la verdad de Dios es desconocer la verdadera libertad, o no querer vivir en ella.

Muchas personas han venido genuinamente a los pies de Cristo movidos por el arrepentimiento de sus pecados y el anhelo de ser perdonados y transformados por Él en el inicio de una nueva vida, pero no han experimentado la verdadera libertad porque no tienen una relación íntima y permanente con el Señor y porque no conocen su Palabra y no pueden experimentar una vida verdaderamente libre de ataduras. La ignorancia los va a llevar a uno de dos extremos, o se hacen muy libertinos o se hacen legalistas; o bien, simplemente no permanecen y se van.

“Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?” (v.33).

¿Quiénes respondieron? Seguramente no los discípulos que habían creído en Él. A los que creían en Él nunca les diría que tratan de matarlo, que su Palabra no penetra en ellos y que son hijos del diablo (vv.37-38). Jesús experimentó que siempre que enseñaba a la gente había algunos que no les interesaba la enseñanza sino en atraparlo en alguna palabra que a ellos no le pareciera bien para tener ocasión de acusarlo de algo. Es como si fueran espías o infiltrados. Tristemente todavía los hay en nuestros días.

Ellos se ofendieron muchísimo porque creían que, por el simple hecho de ser descendientes de Abraham con quien Dios había establecido un Pacto de gracia, eran merecedores de la libertad de Dios. Pablo les diría a ellos que no todos los descendientes de Israel son israelitas, ni todos los descendientes de Abraham son hijos (Ro. 9:6-7). De la misma manera, no todos los que nacen en una determinada iglesia o religión son

necesariamente cristianos; es más, ni aun los que nacen en un hogar 100% cristiano. Muchos de ellos se molestarán con el predicador si son confrontados por la Palabra. Cada quien debe experimentar la relación con Cristo para poder conocer la verdad y vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. La libertad, como la salvación es individual. Pero, como los judíos en el tiempo del Señor Jesús, toda persona que trata de justificar sus acciones, ya sea su libertinaje o su legalismo, su fe, lo hace escondiéndose en las acciones de sus padres, en las acciones de otros, o en su forma personal de interpretar la espiritualidad. Estos judíos que negaban haber vivido esclavizados en realidad toda la vida habían sido esclavos. Igual sucede en nuestros días. No cabe duda que *“no hay peor ciego que el que no quiere ver”*.

“Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (vv.34-36).

El Señor inmediatamente les explica el sentido de sus palabras. La doble exclamación *amén, amén*, significa que lo que va a decir es de suma importancia, que deben de prestar mucha atención. La esclavitud a la que se refiere es la esclavitud del pecado. Pero no se trata simplemente de alguien que comete un pecado; los verbos *hace* y *es* están en tiempo presente, lo cual significa una acción continua. En otras palabras, todo aquel que vive en el pecado, es decir, que practica el pecado como un estilo de vida, permanece esclavo del pecado, permanece atado al pecado. El esclavo se deja dominar por su amo, le sirve a él (Ro. 6:16 / 2P. 2:19). Los esclavos no viven en las casas de sus amos, sólo los hijos del amo tienen ese privilegio. Los esclavos no tienen el mismo trato que el amo le da a los hijos. El esclavo no tiene derecho a nada; el hijo es heredero de todo lo que pertenece al amo. El hijo tiene el acceso al padre todo el tiempo y el padre está para el hijo cada vez que le necesite; el esclavo no tiene ese privilegio. Es decir, el Señor les dice claramente a estos judíos que ellos no son hijos, por lo tanto no pueden estar en la casa que bien puede referirse al Reino de Dios. Por mucho que pongan al patriarca Abraham como bandera, o lo que es lo mismo, por mucho que pongan su religión como bandera, no estarán en el Reino de Dios por su condición de esclavos y no de hijos herederos. Al igual que los judíos, muchos creen que son libres, pero en realidad no lo son. Solamente a quien el Hijo liberta llega también a ser hijo del Padre, con todos los privilegios y bendiciones que conlleva.

“Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi Palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre” (vv.37-18).

El Señor Jesús no niega la descendencia de estas personas que le están reclamando. Son realmente judíos descendientes del gran patriarca Abraham. Pero no es lo mismo ser semilla de un padre espiritual que ser hijos del Padre; hay una gran diferencia entre ser descendientes del patriarca y ser hijos de Dios. En otras palabras, pueden ser los religiosos más estrictos y celosos, pero eso no los hace hijos de Dios. Lo único que puede hacerlos hijos de Dios es entregar sus vidas a Cristo naciendo de nuevo como el Señor le enseñó al fariseo Nicodemo (*Jn. 3:1-15*). Creer en Cristo no significa solamente saber, creer significa establecer una relación con Él; una relación interminable, eterna con Él.

El Señor Jesús les muestra lo duro y negro de su corazón al decirles: *“procuráis matarme”*. Están enfermos de odio y el Señor es el Único que puede sanar sus almas. Y después les marca muy drásticamente la diferencia entre Él y ellos: Él es Hijo de Dios y ellos son hijos de su padre el diablo (*vv.42,44,47*). Un hijo de Dios no piensa en matar o en hacer daño a los demás; un hijo de Dios hace la voluntad del Padre.

Conclusión.

Cristo rompió las cadenas que ataban a la humanidad a satanás y al pecado. Somos libres en Él. Somos libres del pecado, ya no es nuestro señor (*Ro. 6:14*); somos libres de la muerte eterna porque el creyente nace dos veces pero muere una vez, mientras que el no creyente nace una vez pero muere dos veces; somos libres de satanás porque no estamos sujetos más a Él (*Col. 1:13 / 2Ti. 2:26*) y somos libres de la ley, una ley que no podía salvar porque era imposible de cumplir.

Pero también somos libres para amar, para adorar, para cantar; somos libres para hacer y para decir; somos libres para decidir. Pero piense en esto, tenemos libertad de expresión, pero no tenemos el derecho a ofender; muchos primero hablan y luego piensan. Tenemos libertad de acción, pero no tenemos el derecho de pisotear la dignidad ni la vida de los demás. La libertad no puede ir en perjuicio de los demás ni en perjuicio propio. Pablo lo diría de la siguiente manera: *“Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica. Ninguno busque su propio bien, sino el del otro” (1Co. 10:22-24).*



La libertad sólo nos sirve si las decisiones que tomamos están informadas, y si el criterio ha sido educado para tomarlas atentos a las consecuencias. La libertad sólo nos sirve si va enfocada a hacer el bien para los demás y para uno mismo, es decir, si va enfocada a hacer de éste un mundo mejor. La libertad solo sirve si está sujeta al Señor y a su Palabra.

La libertad es un tesoro invaluable que nos regala el Señor tan sólo por conocerlo a Él, es decir, por tener una relación que de fruto con Él, y por permanecer en su Palabra, es decir, hacer de su Palabra nuestro estilo de vida. Entonces seremos verdaderamente libres y haremos un excelente uso de esa libertad. Amén... vamos a orar.